

Notas sobre la evolución de la teoría liberal de la libertad de expresión

FRANCISCO JAVIER ANSUÁTEGUI ROIG
Instituto de Derechos Humanos

La libertad de expresión, entendida como el derecho de comunicar libremente, bien de manera directa, bien a través de un medio cualquiera de difusión, las ideas, opiniones y noticias es un derecho básico e irrenunciable, íntimamente unido a la idea de dignidad humana, que es el núcleo radical del que brota toda la construcción filosófica de los derechos fundamentales¹.

Es una condición «sine qua non» que posibilita la realización de la persona en un doble sentido: como sujeto individual y como sujeto político. En el primer sentido, la persona, al expresar sus ideas y opiniones, desarrolla sus virtualidades intrínsecas, defendiendo y potenciando su autonomía individual; en el segundo, el ciudadano contribuye a la formación de la opinión pública y participa, a través de los cauces democráticos establecidos, en las decisiones políticas, en la formación de la voluntad política; en definitiva, participa en la construcción práctica de la soberanía popular. La opinión pública se configura así como un criterio de formación de una cierta moralidad social que puede ejercer un papel corrector y controlador del ejercicio del poder². Por otra parte, parece evidente la

1. Para PUY, la dignidad humana es «el derecho marco o categoría lógica que (...) abarca a todos los derechos fundamentales». Vid. «Derechos humanos», vol. 1, p. 83 y ss. Imprenta Paredes, Santiago de Compostela, 1983. Por otra parte, el art. 10.1 de nuestra Constitución declara que la dignidad de la persona es «fundamento del orden político y de la paz social».

2. En el preámbulo del decreto de las Cortes de Cádiz de 10 de noviembre de 1810 se puede leer: «...la facultad individual de los ciudadanos de publicar sus pensamientos e ideas políticas es, no sólo un freno de la arbitrariedad de los que gobiernan, sino también un medio de ilustrar a la Nación en general, el único camino para llegar al conocimiento de la verdadera opinión pública...». Esta norma supone la primera positivación que se hace de la libertad de expresión en la historia de nuestros regímenes

conexión e interrelación de la libertad de expresión con otros derechos y libertades esenciales en el proceso de participación política como la libertad de reunión, el derecho de sufragio y el derecho de petición, entre otros. García Iturriaga ha expuesto esta doble dimensión, personal y comunitaria, de las libertades públicas, entre las cuales incluimos a la libertad de expresión³. Por su parte, Saavedra, refiriéndose más expresamente a la libertad de expresión considerada independientemente, también ha puesto de manifiesto este doble carácter al afirmar que «la libertad de expresión... es a la vez un derecho del hombre y un derecho del ciudadano, un derecho de la esfera privada y un derecho de participación en la vida política...»⁴. Esta doble naturaleza de los derechos fundamentales ya se observa en la Declaración de 1789, «del hombre y del ciudadano».

Asimismo, la libertad de expresión ha sido propugnada y defendida por autores importantes: Milton, Jefferson, Bentham, Kant, Tocqueville, Mill, entre otros. Como ejemplo, reseñaremos que para Kant, el derecho de los súbditos a la «libertad de pluma» matiza la afirmación de que «el pueblo carece del derecho de juzgar y determinar el modo como se debe desempeñar el poder»⁵. Más adelante, Kant dirá que «el único paladín del derecho del pueblo está en la libertad de la pluma, ejercida dentro de los límites que inspira el alto respeto y el amor a la constitución que rige la vida del ciudadano y mantenida por el modo de pensar liberal de los súbditos que la misma constitución infunde (y por ello las plumas se limitan mutuamente, para no perder la libertad)»⁶. En un tono más expresivo, habían sido pronunciadas las siguientes palabras por John Milton en 1644: «Dadme la libertad de saber, de hablar y de argüir libremente

constitucionales. Podemos afirmar que, con ella, se inicia el reconocimiento de la libertad de expresión en nuestro derecho, aunque sólo se refiriera a la libertad de expresar las ideas políticas, según lo establecido en su art. 1. Su inmediato precedente, y hasta cierto punto inspirador, fue el art. 145 del Estatuto o Carta Otorgada de Bayona de 1808 (que establecía que «dos años después de haberse ejecutado enteramente esta Constitución, se establecerá la libertad de imprenta» organizada mediante una ley hecha por las Cortes), aunque no llegase a tener plena efectividad entre los españoles. Vid. CENDAN PAZOS, «Historia del Derecho español de prensa e imprenta», Editora Nacional, Madrid, 1974, en especial pp. 85 y ss.

3. GARCIA ITURRIAGA, «Las libertades públicas en la sociedad actual», Secretaría General Técnica, Ministerio del Interior, 1979, p. 27 y ss.

4. SAAVEDRA LOPEZ, «La libertad de expresión e información y la ordenación jurídica de la televisión privada en nuestro ordenamiento jurídico», A.F.D., nueva época, tomo I, Madrid, 1984, p. 223.

5. KANT, «Acerca de la relación entre teoría y práctica en el derecho político (contra Hobbes)», en «Acerca del refrán: lo que es cierto en teoría, para nada sirve en la práctica», recogido en «Filosofía de la Historia», trad. de Emilio Estiu, Nova, Buenos Aires, 1964, p. 170 y ss.

6. Ibidem.

según mi conciencia, por encima de todas las libertades»⁷. Entre nosotros, Saavedra afirmará que «el comunicar libremente las propias opiniones es un derecho de todo individuo como persona, puesto que a través de él, es como puede desarrollar sus aspectos más específicamente humanos y su espiritualidad, su cultura y en definitiva, su dignidad»⁸. Dotarse de ideas significa dotarse de más posibilidades de opción y elección en la vida privada y social. De este modo, el libre intercambio de opiniones favorecerá la autodeterminación del hombre. La libertad de expresión es el vehículo a través del cual se realiza este libre intercambio.

Pero las concepciones doctrinales y la praxis concreta de la libertad de expresión, y más específicamente de la libertad de prensa, no han permanecido inmutables desde sus primeras formulaciones en el seno del pensamiento liberal. Lo que aquí vamos a intentar exponer sucintamente es la influencia que los avances técnicos han tenido en el «iter» que transcurre desde la teoría liberal de la libertad de prensa hasta la teoría de la responsabilidad social (o de la función social) de la prensa. Hay que afirmar que la irrupción de esas técnicas, novedosas en su época, no constituye el factor causal preponderante en la evolución de estas concepciones. No sería correcto atribuirles la importancia primera y esencial que, por ejemplo, Max Weber concede a la influencia de la Reforma protestante en el origen del capitalismo en los siglos XVI y XVII. Para Kelsen, «ningún hecho depende de una causa única»⁹. Sería desconocer la realidad el negar toda una serie de factores que se interrelacionan entre sí en la evolución de las diversas teorías sobre la libertad de prensa, uno de los cuales, eso sí, es la aparición de nuevas técnicas.

También he de aclarar que aquí utilizaré indistintamente los términos «libertad de prensa» y «libertad de expresión», pues aquella es una especificación de ésta, teniendo su razón de ser en la invención de la imprenta y en la consiguiente difusión de las técnicas de imprimir, acontecimientos ambos que, en su tiempo, fueron una «nueva tecnología». Nos podemos referir a la libertad de expresión de distintas maneras, dependiendo de las técnicas utilizadas para ejercerla.

Verdaderamente, la invención de la imprenta facilitó la difusión de las ideas personales y, por lo tanto, del individualismo burgués. Para Peces-Barba, «el saber, con la aparición de la imprenta y la producción en serie

7. MILTON, «Areopagítica», prólogo y trad. de J. Carner. F.C.E., Buenos Aires, p. 89.

8. SAAVEDRA LOPEZ, «La libertad de expresión e información...», cit., p. 223.

9. KELSEN, «Causalidad y retribución», en «¿Que es Justicia?», (ed. y trad. de Albert Calsamiglia), Ariel, Barcelona, 1982, p. 213. Podemos considerar que las nuevas técnicas aplicadas a la impresión fueron «condiciones» o «componentes» (en el sentido utilizado por Kelsen en el artículo citado) de la evolución de la teoría y praxis de la libertad de expresión.

de los libros, también se individualiza, perdiendo el carácter comunitario que tenía en la Edad Media. Ante los manuscritos escasos, los hombres tenían que agruparse para conocerlos, pero el libro, tras la imprenta, permite mucho mejor la apreciación y el trabajo individual. Este trabajo individual favorecería el libre examen y la reflexión individual al burgués...»¹⁰. En efecto, la imprenta será un útil instrumento en manos de la naciente burguesía, facilitando la consecución de sus fines. El nacimiento del capitalismo, el desarrollo del comercio entre ciudades y de la economía dineraria, la puesta en práctica de los nuevos conceptos humanistas sobre la educación, etc., reciben un potente aliento debido a la utilización de la imprenta. Toda esta dinámica, que supone un «torpedeamiento de las potestades absolutas del monarca»¹¹ y del poder hegemónico de la Iglesia, favorece el desarrollo de las técnicas censoriales por parte de los poderes que veían amenazada su estabilidad y permanencia por la nueva situación social, económica y cultural. Así, la primera medida restrictiva de la libertad de prensa en España (y también la primera disposición legal que se conoce, en lo referente a nuestro tema, y que de forma indirecta afectaba a la imprenta) fue la Pragmática dictada por los Reyes Católicos y dada en Toledo el 8 de julio de 1502, en la que se establecían varias reglas para la impresión y venta de libros, quedando establecida la censura y la facultad de conceder o no licencia para la impresión y circulación de obras procedentes del extranjero¹². También hay que constatar que el desarrollo y expansión de la imprenta va a ser un factor influyente en la toma de conciencia, que progresivamente se da en el poder, de la necesidad de regular el ejercicio de la libertad de expresión. Hasta entonces, «tal potestad humana, tal posibilidad de llegar a otros mediante la expresión exterior del pensamientos que se lleva dentro, no se había visto como peligrosa para nadie, pues ni el poder real ni la sociedad, en el sentido moderno de la palabra, tenían la necesidad de defenderse contra los abusos de esta libertad»¹³. En las primeras declaraciones de derechos se

10. PECES-BARBA, «Tránsito a la modernidad y derechos fundamentales», Mezquita, 1982, p. 152.

11. FERNANDEZ AREAL, «Introducción al Derecho de la información», A.T.E., Barcelona, 1977, p. 18.

12. CENDAN PAZOS, op. cit., p. 23 y ss., (esta obra recoge la evolución del derecho de prensa e imprenta español desde la citada Pragmatica hasta la ley de 18 de marzo de 1966). Una completa exposición de las medidas censoras adoptadas en España desde finales del siglo XV, y también en Inglaterra y Estados Unidos puede encontrarse en CASTRO FARÍÑAS, «De la libertad de prensa», Madrid, 1971, p. 47 y ss. Asimismo, sobre la censura en Grecia y Roma, v. GIL, «Censura en el mundo antiguo», Alianza Editorial, Madrid, 1985. También DEFOURNEAUX, «Inquisición y censura de libros en la España del siglo XVII», trad. de J.I. Tellechea Idígoras, Taurus, Madrid, 1973.

13. FERNANDEZ AREAL, «Introducción...» cit., p. 18.

proclama y defiende la libertad de expresión como el derecho a poder hablar, escribir e imprimir sin trabas, pues la imprenta era el medio técnico adecuado para la difusión del propio pensamiento¹⁴.

Será en el marco ideológico de los siglos XVII y XVIII, en donde se construirá la teoría democrática liberal de la libertad de prensa¹⁵. De todos es conocido el claro matiz individualista del pensamiento liberal, para el que la democracia está al servicio de las necesidades e intereses del individuo. Los derechos liberales eran absolutos y su ejercicio encontraba como único límite el ejercicio simultáneo de los mismos derechos por parte de los demás ciudadanos (art. 4 de la Declaración de 1789). Por su parte, la libertad de prensa también tiene otros límites específicos: el respeto a la verdad, el orden público, la moral y el bien común. El Estado, en este panorama, es considerado un peligro, el mayor peligro para los derechos burgueses. Por lo tanto, hay que limitar su actuación. El Estado tiene obligaciones negativas, que consisten en no impedir al individuo el ejercicio de sus derechos y en protegerlo frente a los posibles ataques de los demás. El Estado liberal de Derecho es un Estado abstencionista y vigilante. La limitación del poder estatal por parte de los ciudadanos es la mejor manera de asegurar el disfrute de los derechos individuales (considerando la doble vertiente del individuo: hombre y ciudadano). En este sentido y dentro de este contexto, se puede afirmar la ya antes señalada doble faceta de la libertad de expresión: individual y política.

Por lo tanto, la libertad de prensa es entendida por los liberales como libertad-autonomía frente al Estado. Pienso que si bien es valiosa en nuestros días la doble vertiente de la libertad de prensa liberal, lo que no es tan acertado es el desconocimiento de la acción positiva del Estado, y de los derechos de crédito frente al Estado, pues sin tener en cuenta estas categorías, no se pueden entender los derechos económicos, sociales y culturales. Estos derechos tienen, con palabras de Pérez Luño, «una significación abiertamente política respecto a la cómoda ideología individualista del *laissez-faire*, y a su incapacidad para evitar o corregir las tensiones sociales fruto de las desigualdades económicas»¹⁶. El mismo Pérez Luño

14. Así, por ejemplo, en el párrafo XII de la Declaración de Derechos del buen pueblo de Virginia (1776), en la primera enmienda a la constitución de Estados Unidos (1791), y en el art. 11 de la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano (1789). Vid. «Derecho Positivo de los Derechos Humanos» (dirig. por G. Peces-Barba), Debate, Madrid, 1987.

15. SAAVEDRA, en su libro «La libertad de expresión en el Estado de Derecho. Entre la utopía y la realidad», Ariel, Barcelona, 1987, expone de manera bastante completa la teoría liberal de la libertad de prensa; sobre todo vid. capítulo II: «Visión normativa de los medios de comunicación de masas. La teoría democrático liberal de la libertad de prensa», pp. 55-95.

16. PEREZ-LUÑO, «Derechos Fundamentales», tercera edición, Tecnos, Madrid,

afirmará que, «sin una acción eficaz de los poderes públicos dirigida a garantizar el disfrute de las libertades para todos los ciudadanos, éstas *de hecho* (el subrayado es Pérez Luño) sólo pueden ser utilizadas por quienes poseen los medios materiales para servirse de ellas, por más que formalmente estén reconocidas a todos»¹⁷.

El hecho de que la libertad de prensa liberal sea entendida en sentido negativo, como libertad autonomía, implica dos consecuencias. Por una parte, la ausencia de control formal o censura. Pérez Serrano reflejó bien este postulado liberal: «...entendió el liberalismo que, en esta materia, como en todas, eran primarios y soberanos los derechos del individuo; que la misión del Estado era la abstención; que del mero entrechocar ilimitado de opiniones particulares egoistas surgiría la armonía de valores objetivos para la comunidad (en frase de Smend); en su virtud, prohibió toda censura previa, redujo al mínimo las medidas de policía, e incluso procuró brindar la garantía del jurado como único tribunal adecuado para enjuiciar delitos de opinión. Bastaba una declaración a la autoridad para fundar un periódico; apenas si después se exigía otra cosa que la entrega de algunos ejemplares de cada publicación para enriquecer las colecciones oficiales»¹⁸. Por otra parte, la segunda consecuencia es que todos pueden ejercer el derecho a imprimir libremente con sólo poner los medios adecuados para ello.

Esta segunda consecuencia es crucial en la evolución de la teoría liberal, pues se produce una asociación indisoluble entre la libertad de prensa y la libertad económica de prensa. Saavedra afirma que «los liberales creían en el mercado, incluso como plataforma para la realización de un intercambio libre de ideas»¹⁹. La libertad de iniciativa económica hará que la libertad de prensa sea una libertad específicamente burguesa. Se ha afirmado que la batalla liberal por la libertad de prensa «sólo se ganó cuando apareció una auténtica "prensa de empresa" con graves intereses creados y condicionada por la batalla del mercado, victoria consumada cuando la libertad de expresión (en su vertiente de libertad de prensa), «ya no es un factor de cambio histórico, sino de consolidación del Estado burgués, en el momento en que se convierte en un aparato ideológico de este Estado burgués»²⁰. En este sentido, son significativas las ideas que,

1988, p. 184. Por su parte, el profesor PRIETO SANCHIS ha demostrado la incapacidad de las teorías neoliberales a la hora de ofrecer una fundamentación de los derechos sociales en «Ideología liberal y fundamentación iusnaturalista de los derechos humanos. Observaciones críticas», A.D.H. n.º 4, Madrid, 1986-87, pp. 291-321.

17. PEREZ-LUÑO, op. cit., p. 213.

18. PEREZ SERRANO, «Tratado de Derecho Político», Civitas, Madrid, 1976, p. 661.

19. SAAVEDRA, «La libertad de expresión en el Estado...», cit., p. 67.

20. VAZQUEZ MONTALBAN, «Historia y comunicación social», Alianza Editorial, Madrid, 1985, p. 159.

sobre este extremo, tienen los liberales doctrinarios franceses del siglo XIX, que identifican la capacidad política activa (determinada por un cierto nivel de riqueza), con la capacidad para ejercer la libertad de prensa: «Puesto que los periódicos condensan las opiniones en la sociedad y forman hasta cierto punto parte de su gobierno, deben estar constituidos en el mismo plano que la sociedad política a la que pertenecen. Y de la misma manera que los asuntos políticos son tratados por hombres escogidos en virtud de una situación que garantice su prudencia, los periódicos deben ser encomendados a personas de consideración; sólo pueden ser manejados, en una palabra, por aquellos que poseen capacidad política activa; es decir, por los que pertenecen a la burguesía cualificada esencialmente por la propiedad»²¹. También, los jurados que debían conocer de los delitos cometidos a través de la prensa, eran elegidos según los criterios utilizados para la formación del cuerpo electoral y, por lo tanto, «jurado y poder electivo quedarán entregados a la burguesía»²². Los liberales de la Europa de la Restauración creyeron que la prensa sólo podía ser libre «siempre y cuando sea cara y sólo tengan acceso a ella las clases ricas cuyos objetivos finales coinciden con los del Estado»²³. Es este, en definitiva, un planteamiento discriminatorio por parte del liberalismo conservador que «afirmaba la imposibilidad de mantener la libertad si se generalizaba para todos»²⁴. Paradójicamente, en esa concepción negadora de una libertad para todos, el liberalismo coincidirá con el socialismo totalitario, «que pretende la descalificación despectiva del concepto (de libertad), construyendo la igualdad precisamente desde el postulado de la desaparición de la libertad y de las instituciones jurídicas y políticas surgidas de la revolución liberal»²⁵. El sentido del proceso de generalización que, junto a los de positivación e internacionalización, forman lo que el profesor Peces-Barba ha denominado «la peripecia histórica de los derechos fundamentales»²⁶, es el de la superación de la dicotomía existente entre unas primitivas declaraciones que reconocían una libertad para todos, y unas regulaciones que sólo reconocen una libertad para algunos.

21. DIEZ DEL CORRAL, «El liberalismo doctrinario», (4.ª edición), C.E.C., Madrid, 1984, p. 198.

22. Idem, p. 195.

23. VAZQUEZ MONTALBAN, op. cit., p. 160.

24. PECES-BARBA, «Derechos fundamentales» (versión castellana de la voz «Diritti e doveri fondamentali», destinada al «Novísimo Digesto Italiano», en la parte referente a los derechos), Revista Jurídica de Castilla-La Mancha, n.º 2, diciembre 1987, p. 18.

25. Idem, p. 19.

26. Idem, p. 17. Respecto a esta «peripecia histórica», vid. PECES-BARBA, «Sobre el puesto de la Historia en el concepto de los derechos fundamentales», en «Escritos sobre derechos fundamentales», Eudema, Madrid, 1988, p. 241 y ss. Anteriormente publicado en el Anuario de derechos humanos, n.º 4, Madrid, 1986-87.

En relación con la identificación liberal entre libertad de prensa y libertad económica de prensa, han de situarse las críticas que realiza Marx a la teoría liberal, pues para él, la libertad de prensa no ha de coincidir con la libertad de empresa: «Hacer de la libertad de prensa una especie de libertad industrial es defenderla matándola, pues ¿acaso no anulo la libertad de un carácter cuando exijo que sea libre a la manera de otro? Tu libertad no es la mía, le grita la prensa a la industria». Y más adelante, Marx dirá que «la primera libertad de la prensa consiste precisamente en no ser una industria»²⁷. Marx denunciará el carácter ideológico de la libertad burguesa que conlleva una sumisión al poder económico, negando así el ejercicio real de la libertad de expresión. Asimismo, Lenin, en su «Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado», habla de la libertad de prensa como «uno de los principales fundamentos de la democracia pura... Los capitalistas denominan libertad de prensa a la libertad de comprar la prensa los ricos, a la libertad de servirse de la riqueza para fabricar y falsificar la opinión pública»²⁸. También en Stalin observamos este rechazo de las libertades burguesas: «Bajo el capitalismo, no existen ni pueden existir verdaderas libertades para los explotados, aunque sólo sea por el hecho de que los locales, las imprentas, los depósitos de papel, etc., necesarios para poner en práctica estas libertades constituyen un privilegio de los explotadores»²⁹. Así, vemos que mientras el Socialismo³⁰ centra sus esfuerzos en la consecución de las condiciones materiales que aseguren la posibilidad de un ejercicio efectivo de una determinada libertad, en este caso la de prensa, el Liberalismo se conforma con que al individuo se le reconozca la mera facultad de ejercitar un determinado derecho o libertad.

Lo cierto es que no sólo es en el liberalismo de los siglos XVIII y XIX en donde se propugna la conexión entre la libertad económica y la libertad de prensa. Si, trascendiendo más allá del estricto concepto de libertad de prensa, dirigimos nuestra mirada al concepto de libertad en general, vemos que en el neoliberalismo del siglo XX se postula la riqueza eco-

27. MARXS y ENGELS, «Obras fundamentales», tomo I, p. 213, F.C.E., México, 1982.

28. FERNANDEZ AREAL, «Introducción...», cit. p. 97.

29. STALIN, «Los fundamentos del leninismo», Grijalbo, México, 1970, p. 73.

30. También en el Socialismo de principios de siglo encontramos contradicciones entre los postulados teóricos igualitarios y su actividad práctica. Como muestra tenemos una expresiva frase de Stalin: «...no tenemos libertad de prensa para la burguesía, para los mencheviques y los socialistas revolucionarios, que, entre nosotros, representan los intereses de la burguesía vencida y sometida». (La cita está extraída de VAZQUEZ MONTALBAN, op. cit., p. 220. En esta obra, el capítulo 11 se dedica a analizar los sistemas de coacción informativa y supresión de libertad de expresión llevados a cabo por los regímenes soviético, nazi alemán y fascista italiano, bajo el expresivo título de «1918-1945: la voz de su amo»).

nómica como condición de la libertad. Este pensamiento toma en cuenta solamente la riqueza de los proletarios, de manera que «cuando Hayek dice que la riqueza no es condición de la libertad, piensa sólo en la riqueza de los no propietarios»³¹. Milton y Rose Friedman afirman que «las restricciones a la libertad económica afectan inevitablemente a la libertad en general, incluso en aspectos tales como la libertad de prensa y expresión»³², dando más importancia y gravedad a las restricciones sobre la libertad económica que a las restricciones sobre las libertades individuales.

La consecuencia de los postulados burgueses es la comercialización de la prensa. En la explicación de este fenómeno debemos situar la evolución de las técnicas de impresión³³. La evolución tecnológica, a finales del siglo pasado, de la imprenta y su difusión, permitió acelerar y multiplicar la tirada, y acercar el hecho noticioso a los sujetos receptores. Lo costoso de estas técnicas produjo una concentración de la oferta y, por tanto, disminuyeron los cauces para expresarse, de la misma manera que las posibilidades de opción para el lector se fueron reduciendo. P. Albert y F. Terrou reflejan la importancia de estas transformaciones técnicas a finales del siglo XIX y principios del XX: «Después de la puesta en marcha de las primeras rotativas, tras las linotipias, sus progresos fueron regulares y la impresión tipográfica de los periódicos gana en rapidez, a pesar de las argumentaciones considerables en la paginación de los ejemplares. Los materiales costosos y sofisticados necesitaban inversiones mobiliarias e inmobiliarias considerables que fueron indirectamente una de las causas de la concentración. La creciente organización sindical de los obreros tipográficos comenzaba a imponer ritmos de trabajo bastante bajos que en todos los países occidentales aumentaban considerablemente los costes de producción. La tipografía quedaba como la forma de impresión más utilizada por la prensa pero ya el huecograbado y el offset hacían rápidos progresos. Estas dos últimas técnicas quedaban reservadas para las revistas. Los progresos del huecograbado contribuyeron a hacer más profunda todavía la diferencia entre la prensa diaria y la prensa periódica, y esto tanto más cuanto el proceso estaba mejor adaptado a la impresión en color. Cada imprenta de prensa dispuso desde entonces de talleres especializados en fotograbado y la parte de ilustración en los pe-

31. RUIZ MIGUEL, «Sobre los conceptos de libertad», A.D.H., n.º 2, 1983, p. 531, donde se efectúa una crítica de las posiciones que Hayek, Oppenheim y Berlin tienen sobre la libertad.

32. FRIEDMAN, Milton y Rose, «Free to choose», New York, 1980. Hay traducción española: «Libertad de elegir: hacia un nuevo liberalismo económico», Grijalbo, Barcelona, 1980, p. 101.

33. Así, las primeras máquinas de hacer papel, la prensa a vapor (en sustitución de la manual), la fabricación de papel por medio de la máquina de vapor, las plegadoras automáticas de papel, la linotipia, etc.

riódicos no dejó de crecer. Esta evolución esbozada, tras el principio de siglo transforma la fisonomía de los periódicos y el atractivo de lo que no era ya solamente «la lectura»³⁴.

Como consecuencia de la aplicación de los esquemas liberales, sobre la libre iniciativa en lo económico, al postulado de la libertad de prensa, se produce una disminución y monopolización de los canales de expresión, que permanecen en poder de los titulares del poder económico. Así, la prensa puede consolidar un verdadero «carácter de aparato ideológico al servicio de las clases dominantes»³⁵. En esta situación, la libertad de expresión puede llegar a ser un postulado vacío de contenido si se llega al punto de que al ciudadano le sea económica o técnicamente imposible difundir sus opiniones. Debido a la revolución tecnológica, el elevado coste que implica la puesta en funcionamiento de los medios de comunicación agudiza la tendencia monopolizadora ya citada, y, en la práctica, «sólo el Estado y los potentes grupos económicos se encuentran en condiciones de crear nuevos órganos de expresión»³⁶. En esta situación, los que tienen el acceso a la prensa, van reduciéndose en número y, por lo tanto, «su poder de persuasión sobre los receptores de opiniones y de noticias es cada vez más fuerte»³⁷. Para Duchacek, «la avanzada tecnología de las comunicaciones actuales y los costes cada vez mayores que suponen la construcción y el manejo de los medios de comunicación de masas han suscitado una serie de problemas adicionales que las constituciones clásicas ignoraban o mencionaban sólo incidentalmente. Uno de ellos es la posibilidad de que algunos monopolistas controlaran de tal forma los medios de comunicación, que, como sugirió Spiro Agnew, se impidiera el contacto del gobierno con el público; otro problema propio de los medios de comunicación de masas es la posibilidad de que un pequeño grupo de elegidos con acceso a los micrófonos y a las cámaras de T.V., excluyera a los ciudadanos de la participación política, transformándolos en espectadores pasivos de un juego que se desarrollaría entre el gobierno y ese pequeño grupo de elegidos»³⁸. Las constituciones del siglo XIX no contemplaban este problema porque, entre otras causas, la libertad de prensa amparaba entonces a la escasa minoría capaz de leer, escribir y publicar. Pero en nuestros días los modernos medios audiovisuales afectan a la vida de la casi totalidad de los hombres y mujeres que

34. ALBERT y TERROU, «Histoire de la Presse», P.U.F., París, 1979, p. 85. Traducción del autor.

35. VAZQUEZ MONTALBAN, op. cit., p. 165.

36. TERRON MONTERO, «Libertad de expresión y Constitución», Documentación Administrativa, n.º 187, 1980, p. 203.

37. PINTO BALSEMAO, «Información, poder y tecnología», en «Information et pouvoir», Instituto de Ciencias Sociales, Barcelona, 1982, p. 11.

38. DUCHACEK, «Derechos y libertades en el mundo actual», trad. de Octavio Montserrat Zapater, I.E.P., 1976, p. 315.

habitan el mundo. Para el profesor Benito, el gran problema que se plantea es «saber quien va a tener en su mano la capacidad tecnológica suficiente, como consecuencia de tener previamente el poder económico necesario, para controlar, en una programación estratégica de amplitud internacional, todo ese complejo mundo de los medios de masas, sin el que actualmente no sería posible mantener actuante al más poderoso imperio de todos los tiempos: el imperio de las comunicaciones»³⁹. Ante esta situación, el Estado se ve legitimado para intervenir, entrando en juego la noción de servicio público, que suple a la iniciativa privada ante la incapacidad de ésta en determinados aspectos. El propio Tribunal Constitucional se ha hecho eco de esta problemática en las sentencias 12/82 de 31 de marzo y 74/82 de 7 de diciembre, entre otras⁴⁰. Haciendo referencia a la sustitución del Estado liberal por el Estado social, se ha afirmado que «si el Estado burgués abstencionista cedió el paso históricamente al Estado intervencionista, fue porque en la praxis social, las libertades burguesas no se realizaban y perecían víctimas de su propia incompetencia»⁴¹.

Por lo tanto, se han invertido e invalidado los presupuestos teóricos de la Revolución liberal; las reglas del libre mercado, basadas en la competencia (cuyos límites son, a menudo, difícilmente señalables) y en la desigual suerte en la acumulación de capital, imponen la vigencia de la ley del más fuerte, sufriendo, por tanto, la libertad de expresión, las consecuencias de su sometimiento a la voluntad de los propietarios del medio de producción.

En estas circunstancias, la teoría liberal de la libertad de prensa ya no es válida, dando lugar a la construcción de la teoría de la responsabilidad social de la prensa⁴², que intentará asegurar la eficacia de la libertad de expresión en una sociedad cambiante, imponiendo restricciones a la libre iniciativa individual⁴³. Según Saavedra, «el ejercicio de la libertad de prensa periodística se ha desviado de su pureza original, confirmando como la libertad de expresión a través de la prensa no coincide con la li-

39. BENITO, «Información y poder», en «El futuro del discurso del poder», febrero-abril 1988, Dirección de Estudios y Documentación de la Secretaría General del Senado, pág. 24.

40. Ver Boletín de Jurisprudencia Constitucional, n.º 12, abril 1982, p. 272 y ss., y n.º 21 (1983), respectivamente.

41. DE VEGA GARCIA, «La crisis de los derechos fundamentales en el Estado social», en «Derecho y economía en el Estado social», ed. por Corcuera y García Herrera, Tecnos, Madrid, 1988, p. 125.

42. Vid. SAAVEDRA, «La libertad de expresión en el Estado...», cit., p. 97 y ss.

43. En el voto particular del magistrado Díez de Velasco, en la STC 86/82, de 23 de diciembre de 1982 (B.O.E. n.º 13, de 15 de enero de 1983), se puede leer: «...es conveniente poner de relieve la tendencia más reciente en materia periodística de países de la Europa Occidental en el sentido de legislar limitando las posiciones de monopolio u oligopolio que pueden influir en detrimento de la libertad de expresión y evi-

bertad de empresa. Si ésta sufre limitaciones y correctivos, es justamente para salvaguardar la finalidad propia del derecho a expresarse e informarse libremente»⁴⁴. Este mismo autor señalará que una de las causas de la aparición de esta nueva teoría es la revolución tecnológica e industrial⁴⁵.

También hay que señalar que se produce un cambio (ya señalado más arriba) en lo concerniente a la actitud del Estado que, de la abstención que reclamaban los liberales, pasa a desempeñar un papel más activo, consustancial a la noción de servicio público. Se corrige el principio liberal de la no intervención: el Estado desempeña un papel en el que se produce una mayor presencia suya, todavía marginal, pero sin sustituir la actividad del individuo en el proceso de comunicación social. La teoría de la responsabilidad social de la prensa es una «concepción normativa de la libertad de expresión a través de la prensa, con la pretensión de ser suficientemente independiente, consistente y completa, es decir, con la pretensión de ser un paradigma claramente definido frente a otros que rigen la comunicación de masas en países no democráticos»⁴⁶; es, en definitiva, una teoría que pretende «limitar la verdadera libertad de expresión a fin de autentificarla»⁴⁷, otorgando a los órganos de expresión «unas mínimas condiciones de libertad en el seno de las modernas sociedades luchando contra una multiplicidad de influencias que se oponen a la existencia de una comunicación auténticamente democrática»⁴⁸.

Una de las consecuencias de esta teoría es la aparición de un nuevo sentido de la responsabilidad en el ejercicio de la profesión periodística, dando lugar a la aparición de códigos de conducta morales, a la ética profesional, basada en el respeto a los intereses y objetivos generales, a la veracidad, a la intimidad, etc.

Debemos indicar que, en este contexto, la libertad de expresión no pierde su raíz individualista⁴⁹, en el sentido positivo del término. Su garantía permanece en la iniciativa privada, teniendo el Estado, como ya hemos señalado, un papel supletorio, pero garantizador. La libertad de expresión sigue siendo un derecho fundamental individual: «el individuo

tan de hecho la manifestación del pluralismo social. Es decir, que establecen limitaciones al evitar concentraciones periodísticas en manos privadas (...); no es posible actuar la libertad de expresión globalmente entendida si no hay una garantía de acceso a medios de difusión del pensamiento, incluida la prensa».

44. SAAVEDRA, «La libertad de expresión en el Estado...», cit., p. 119.

45. Idem, p. 100.

46. Idem, p. 99.

47. Idem, p. 115.

48. TERRON MONTERO, op. cit., p. 214.

49. A finales del siglo XIX y principios del XX, la libertad prensa e imprenta era una libertad de carácter marcadamente individual, en el sentido de que predominaban unos medios de naturaleza unipersonal, donde el impresor era al mismo tiempo redactor y editor de lo publicado.

es sujeto del derecho. Cualquiera puede, ateniéndose, ciertamente, a los requisitos legales, ejercer su derecho a expresarse e informar libremente a través de un medio periodístico impreso. La libertad de expresión tiene un componente individual o subjetivo, que es esencial dentro de la concepción liberal, por muy reformado que se presente en el Estado Social de Derecho, o por muy importantes que sean los componentes de orden teleológico objetivo que lo limitan»⁵⁰.

Por último, señalaremos que como consecuencia de la evolución de la libertad de expresión, se establece el derecho a la información —acompañado de su vertiente activa: la libertad de información—, que no era contemplado en las declaraciones liberales y que hoy es amparado en textos constitucionales y declaraciones internacionales de derechos. «Es una nueva dimensión de la libertad de expresión que, en el siglo XX, al tener como vehículo de cristalización a los medios de comunicación de masas, provoca el surgimiento de una nueva necesidad, más tarde convertida en derecho, de informar y ser informado, indispensable para la organización social de nuestros días»⁵¹. El derecho subjetivo a la información incluye el derecho a informar y el derecho a ser informado.

La libertad de expresión es el tronco común del que surge el derecho a la información. Hay que tener en cuenta la gran influencia que han tenido los avances tecnológicos aplicados a los medios de comunicación de masas, con la generalización de posibilidades en lo referente al disfrute de este derecho. Para Cassín, «el derecho a la información ha surgido gracias a las nuevas facilidades ofrecidas por los nuevos descubrimientos científicos y técnicos prodigiosos, que contribuyen al alargamiento de la vida, a su confort, a la difusión de la instrucción, a la emancipación de viejas servidumbres, a la práctica de las libertades, y a la comunicación inmediata de los hechos, de las ideas y de la información»⁵². Según Vittorio Frosini, el derecho a la información es un derecho propio de la sociedad tecnológica. Para este autor, la comunicación humana ha pasado por distintas fases, la última de las cuales es la fase de la «comunicación teletransmitida»⁵³, en la que «se realiza así, merced al proceso tecnológico, una auténtica unidad de conciencia del género humano (puesto que la imagen televisiva no conoce fronteras de lenguaje) que en ninguna época anterior pudo aseverarse sino en forma simbólica»⁵⁴. Y como consecuencia de la «mercantilización» de la información, producida por las nuevas

50. SAAVEDRA, «La libertad de expresión en el Estado...», cit., p. 119.

51. MARTIN PALLIN, «Libertad de expresión. ¿Principio o norma?», *Razón y Fe*, n.º 990, 1980, p. 16.

52. CASSIN, «Los derechos del hombre y el método comparado», *Información Jurídica*, 289, 1968, p. 77.

53. Las otras tres fases anteriores son la fase oral, la fase escrita manual y la fase escrita impresa; FROSINI, «Los derechos humanos en la sociedad tecnológica», *A.D.H.*, n.º 2, marzo de 1983, Madrid, p. 112.

tecnologías, se afirmará un derecho negativo de libertad: el derecho a la intimidad de la vida privada (privacy) que «consiste en el derecho personal a mantener inviolada la propia esfera de vida íntima en una sociedad como la tecnológica, en la cual todo se vuelve objeto de información»⁵⁵

El progreso técnico y los avances tecnológicos son muestras del dominio que el hombre ejerce en el mundo material. Este dominio es una faceta más de la dignidad humana, precisamente la vertiente a través de la cual el hombre se consolida como dominador del mundo. Pero el hombre no ha de estar al servicio de la técnica, sino que ésta y sus logros han de ser medios para el hombre. Las innovaciones técnicas sirven al desarrollo y desenvolvimiento de la personalidad y dignidad de la persona humana, conforme al orden de valores que subyacen en estos dos paradigmas.

Y como epílogo, traemos a colación las esperanzadoras palabras del profesor Benito, que pueden servir para desterrar los temores⁵⁶ que algunos puedan albergar en relación con la incidencia de las nuevas tecnologías en los derechos fundamentales que, acotando en lo referente a la libertad de expresión, ha sido el tema que ha motivado estas líneas: «Ahora bien, cuantos adelantos técnicos sean accesibles para transmitir la voz y la cara de quien pronuncia las palabras, servirán para perfeccionar la comunicación. Si las tecnologías facilitan la información de muchos a muchos, y las políticas impulsan el uso de esas tecnologías, tendremos que la sociedad será mucho más humana ¿Y qué quiere decir «más humana»? Sencillamente, que los ciudadanos no sólo se familiarizan con los acontecimientos sino que saben qué les puede servir para dirigir sus propias vidas»⁵⁷.

54. Idem, p. 113.

55. Idem, p. 113.

56. A estos temores se referirá PEREZ-LUÑO («Derechos Fundamentales», cit., p. 28), situándolos como consecuencia de los empleos abusivos de las nuevas tecnologías: «...en la sociedad tecnológica de nuestro tiempo los ciudadanos más sensibles a la defensa de los derechos fundamentales se sienten crispados o atemorizados porque advierten que las conquistas del progreso se ven contrapuntadas por graves amenazas para su libertad, su identidad o incluso su propia supervivencia. La ciencia y la tecnología han mantenido en los últimos años un ritmo de crecimiento exponencial, que no siempre ha tenido puntual relejo en la consciencia ética de la humanidad. Por ello, las trampas liberticidas subyacentes en determinados empleos abusivos de la cibernética o de la informática, el peligro de la catástrofe ecológica, o la psicosis de angustia que genera la amenaza latente de un conflicto atómico, son el trasfondo temible que amenaza el pleno ejercicio de los derechos fundamentales y acecha con invalidar los logros del progreso».

57. BENITO, «Información y nuevas tecnologías», Lección Magistral de inauguración del Centro Universitario de Ciencias de la Información, Fundación Universitaria San Pablo C.E.U., Valencia, 1987, p. 34.